

Jorge Dioni López
EL MALESTAR
DE LAS CIUDADES

arpa

SUMARIO

INTRODUCCIÓN. ¿QUÉ ES UNA CIUDAD?	13
PRIMERA PARTE. LA CIUDAD ABIERTA Y SUS ENEMIGOS	
1 La conquista del espacio	35
2 Privatización: el robo de las gradas	52
3 Financiarización: los señores de la tierra	74
4 Turistificación: todo el año es San Fermín	92
5 Gentrificación: aquí vivía gente	111
6 Rentismo: gente de desorden	131
7 Desarrollismo: se pueden tener criados	148
8 El regreso de las murallas	165
SEGUNDA PARTE. LA LARGA MARCHA	
9 La ciudad de los promotores	185
10 <i>I love NY</i>	201
11 ¡Propietarios del mundo, uníos!	217
12 Un Singapur en el Támesis	235

13	Los años del descubrimiento	248
14	Queremos un Calatrava	264
15	Los <i>detroits</i> del turismo	280
16	Las ciudades cansadas	298
EPÍLOGO. CERRAR LA PUERTA		313
LECTURAS		337
AGRADECIMIENTOS		347

A mis padres.
Gracias.

«Venía de las selvas inextricables del jabalí y del uro; era blanco, animoso, inocente, cruel, leal a su capitán y a su tribu, no al universo. Las guerras lo traen a Rávena y ahí ve algo que no ha visto jamás, o que no ha visto con plenitud. Ve el día y los cipreses y el mármol. Ve un conjunto, que es múltiple sin desorden; ve una ciudad, un organismo hecho de estatuas, de templos, de jardines, de habitaciones, de gradas, de jarrones, de capiteles, de espacios regulares y abiertos. Ninguna de esas fábricas (lo sé) lo impresiona por bella; lo tocan como ahora nos tocaría una maquinaria compleja, cuyo fin ignoráramos, pero en cuyo diseño se adivinase una inteligencia inmortal. Quizá le basta ver un solo arco, con una incomprensible inscripción en eternas letras romanas. Bruscamente, lo ciega y lo renueva esa revelación, la Ciudad».

Historia del guerrero y la cautiva, JORGE LUIS BORGES

«Cada ciudad es una reunión de emigrados y errabundos, la cuna de todos los apátridas. Allí nacieron, al parecer, los metales y el arte de la flauta. A menudo, Dios castiga a las ciudades: Enoc, con el Diluvio; Sodoma y Gomorra, con una lluvia de fuego; y Jericó, con un toque de trompeta. Porque la ciudad es el recurso que halló el hombre para escapar al proyecto de Dios».

14 de julio, ÉRIC VUILLARD

«La ciudad está allí y esto es zona agrícola. Cuánto se puede pagar hoy esta tierra, 300, 500, 1.000 liras el metro cuadrado, pero mañana esta misma tierra, este mismo metro cuadrado puede valer 60, 70 mil o incluso quizá más. Todo depende de nosotros. El 5.000 % de beneficio. Este es el oro hoy en día. ¿Quién te lo da?, ¿el comercio, la industria?, ¿el futuro industrial del sur? Invierte dos duros en una fábrica y las reivindicaciones, huelgas, absentismo. Acabas con un infarto. Así, nada de quebraderos de cabeza ni preocupaciones. Todo ganancia y ningún riesgo. Nosotros solo tenemos que conseguir que el municipio traiga hasta aquí las carreteras, el agua, la luz y el teléfono».

Las manos sobre la ciudad, ROSI, LA CAPRIA Y FORCELLA

«Antes fabricábamos mercancías. Nos dejaban vivir para consumirlas. El gran cambio es que ya no fabricamos mercancías. Somos la mercancía. Somos, por tanto, el beneficio. Lo que se ahorran en nosotros es el beneficio. Nuestras necesidades son el beneficio. Nuestra salud, nuestra casa, nuestra comida, nuestra ropa es el beneficio. Pasar a ser mercancía lo cambia todo. Cambia, incluso, nuestra alma. Ahora que carecemos de identidad, salvo la de ser una mercancía, estamos repletos de identidades ocupando ese vacío».

Los domingos, GUILLEM MARTÍNEZ

INTRODUCCIÓN

¿QUÉ ES UNA CIUDAD?

«Desde Queronea, hay veinte estadios a Panopea, ciudad de los fócidos, si uno puede dar el nombre de ciudad a la que no posee ningún edificio de gobierno, ningún gimnasio, ningún teatro, ningún ágora, en donde no hay agua que descienda a ninguna fuente».

Pausanias, *Viaje a la Arcadia*

Este libro nace de una pregunta: ¿por qué la gente deja las ciudades? Durante la promoción de *La España de las piscinas*, me la hicieron en varias ocasiones e incluso de forma personal. Recuerdo un programa de radio en el que un tertuliano dijo, casi gritando, «que no vuelvan, que se queden allí con su piscina, sus coches y su colegio concertado». «No es una cuestión de voluntad», respondí cuando se calló. Por el precio de la hipoteca media donde vivo, creo que quizá podría conseguir una habitación en Madrid. Nada más. Ni siquiera los cuartos de basuras reformados con el váter junto al fregadero que salen en El Zulista.

De haber tenido tiempo, habría explicado que tampoco creo que las personas tengamos esa capacidad de elegir, aunque soy consciente de que la voluntad personal es la base

ideológica de nuestra sociedad. Probablemente, derivada de la primacía de la propiedad privada individual. *El Secreto* es el libro político de nuestro tiempo y «ser uno mismo» es el principal oficio de nuestras vidas. Nos construimos con una fe parecida a la religiosa: autoayuda, autoficción, autopromoción, autoexplotación, autocuidado. Quizá, la introspección ha sido nuestra manera de reencantar el mundo.

Esta pasión hace que no nos demos cuenta de que todos los mensajes que comienzan por la primera persona tienen como efecto desvincular esos sucesos del contexto, que es donde tienen sentido. Por eso, nos cansamos tanto al dársele. Hemos asumido muchas competencias individuales en las últimas décadas, desde la moral a la muerte pasando por el amor. Es lógico que el género que muestra el espíritu de la época sea la autoficción. La intimidad, el espacio privado individual, se reduce al mismo ritmo que el espacio público colectivo, la ciudad. La línea narrativa hace que los hechos adquieran coherencia y se muestren como inevitables porque podemos proporcionar una explicación. Es la tentación de dibujar la diana en el lugar al que ha ido la flecha para manifestar una voluntad *a posteriori* que minimice la participación de todo el contexto económico o social y el factor clave: el azar.

La narración une la línea de puntos vitales en un dibujo que, como en un cuento de Borges, deja de ser un paisaje para convertirse en un retrato. Somos eso. Debemos defender cada rasgo. Se trata de sustituir la voluntad de Dios por la voluntad del yo. Del ecosistema al egosistema. Me confieso incapaz de justificar muchas de mis decisiones que, en realidad, no lo fueron nunca. Vivir donde vivo, por ejemplo. Sucieron. Creo que una de las claves de la tranquilidad es aceptar que no lo controlamos todo y otra, más importante, no dar la chapa al resto de la gente elogiando las cosas que nos han pasado para disimular esa ausencia de poder.

El último piso en el que viví de alquiler estaba situado en la calle Consell de Cent, en el ensanche de Barcelona, a dos calles de mi trabajo en el diario *Sport*. Eran setenta metros cuadrados, un segundo con ascensor, a los que no se podía poner ninguna pega. Luminoso, bien cuidado, sin ruidos. Me costaba 70.000 pesetas y, en 1999, a casi todo el mundo a mi alrededor le parecía una locura pagar esa cantidad por un alquiler. Hablamos de unos 450 euros. Con los diversos complementos, cobraba casi 200.000 pesetas, unos 1.200 euros. El alquiler era el 35 % de mi sueldo, otra locura para todo el mundo, a pesar de que es el máximo recomendable. En esos años, el porcentaje medio era del 28 %. Hoy puede llegar a ser el doble. Por ahí se va la clase media.

El administrador, traje y corbata azul oscuro pinzada con un alfiler, me atendió en un piso de la parte alta de Barcelona. Tenía ese ligero encorvamiento de la gente que se ha pasado la vida leyendo y escribiendo. Las paredes de su despacho estaban llenas de libros casi idénticos que ascendían hasta el techo, supongo que era legislación encuadernada. Gente de orden, Brigada Aranzadi. Para firmar, creo que llevé el contrato, las dos últimas nóminas y un mes de fianza. No lo miró mucho. Completó mis datos en el formulario con su máquina de escribir, me dio una copia y nos despedimos con un apretón de manos. Cada mes ingresaba el alquiler y él me enviaba el recibo. Cuando le comuniqué que dejaba el piso porque tenía que irme a Madrid, se lamentó. «Es una pena, era usted un buen inquilino». «Es por amor», le dije. Me deseó suerte. La he tenido.

En la actualidad, un piso en el mismo edificio se alquila por casi 1.200 euros, la totalidad de mi sueldo en el año 1999. Es decir, casi el triple. Ya no lo podría pagar. Ni yo ni ningún redactor del diario en el que trabajaba, a los que no han triplicado el sueldo en estos años. De hecho, buena parte de mis antiguos compañeros sufrieron un ERE en vísperas

de Navidad en el año 2017. La lista con las personas afectadas se leyó en la calle a voz en grito, una escena de Ken Loach. El director de ese ERE se adhirió posteriormente al proceso soberanista y defendía en numerosas tertulias y artículos que se iba a construir un estado social que mejoraría la vida de todo el mundo. El cinismo es el material del que está hecho el siglo XXI. Las condiciones laborales del periodismo han ido precarizándose y el contrato fijo que yo tenía es una especie en extinción. Lo conseguí gracias a la actuación del Sindicat de Periodistes de Catalunya. Si queréis vivir como vuestros padres, no dejéis de salir por ahí ni busquéis una epifanía en los campos de Castilla. Sindicaos.

El piso lo puede alquilar, por ejemplo, una pareja con trabajo estable o apoyo familiar y una opción para no pasar apuros sería dedicar el cuarto en el que acogía a mi amigo Miguel Ángel a alquiler turístico u ocasional. Por ejemplo, para las ferias como el Mobile World Congress. En el caso de tener descendencia, tendrían que pensar en buscar otra cosa. Seguramente, fuera de la ciudad. La Barcelona de las piscinas no está en su término municipal, sino en la provincia. Por eso, cuesta verla.

La periferia es un lugar cada vez más extenso y del que es complicado hacerse una idea. Durante la promoción de las piscinas, me he encontrado con otro fenómeno: mucha gente desconocía el país que se había construido. Todo el mundo tenía la idea de que había mucha obra nueva, que había amigos que se habían ido a vivir allí, pero no existía la visión general de los más de cinco millones y pico de viviendas ni del cambio que han provocado y provocarán. Hemos tenido una gran migración generacional, como la del campo a la ciudad de los años sesenta. Al analizar los resultados electorales, se habla de todo lo que no es espacio urbano como rural, olvidando esa marea de casas de baja densidad que, poco a poco, han crecido en los pueblos cercanos

a las ciudades porque el suelo es más barato y las carreteras son buenas. A media hora del centro. Cuesta hacerse una idea porque no tenemos conciencia del espacio. Vamos de un lugar a otro, según las indicaciones de la aplicación y no necesitamos trazar la ruta ni mirar un mapa.

Pero la huida de las ciudades se produce en un contexto más amplio. No es un problema aislado, sino un síntoma dentro de otros fenómenos urbanos: turismo, desahucios, alquiler, pequeño comercio, despilfarro en grandes obras, contaminación o privatización. Es interesante ver el mapa y pensar que todo forma parte de un modelo general que se aplica sobre el espacio, que es el centro del conflicto humano desde que dejamos de ser nómadas.

Ese es el tema de este libro. Tardé en llegar. Primero, comencé interesándome por los centros comerciales, espacios que suelen ser caricaturizados de forma desdeñosa pese a que son uno de los lugares fundamentales de nuestras sociedades. De hecho, fue un mensaje bastante despectivo el que me puso en marcha. Creo que usaba la palabra corral. Mi primera idea era defender que no son «no lugares», como los definió Marc Augé, sino espacios llenos de experiencias y sentido. De hecho, su desaparición en Estados Unidos está dejando un hueco clave, además de una inevitable nostalgia. Para una generación, es su plaza, sus futbolines, su descampado. Es su espacio de socialización. Para otra, es un punto de contacto, el espacio colectivo más importante de su zona. Privado, claro, y centrado en el consumo. Esas son otras cuestiones interesantes; pero, como sucedía con la dispersión urbana, ventilar un tema desde la superioridad moral no parece buena idea. Sobre todo, si después, por ejemplo, se va a pedir el voto.

Sucede lo mismo con el turismo, mi segundo punto de interés. Es una actividad que tiene pocos defensores y suele ser sinónimo de vulgaridad. Es una experiencia no

auténtica, capital cultural depreciado, como todo lo que tiene que ver con la gente que vive de su trabajo. La historia, siempre contada desde arriba, nos ha enseñado a despreciarnos. Donde hay turistas, se come caro y mal. Hay que evitar los lugares donde van. Lo estropean todo. ¿Por qué la tercera persona? ¿Qué somos cuando vamos de vacaciones?, ¿sagaces etnógrafos?, ¿intrépidos viajeros? Esta última es una palabra que suele tener más incertidumbres de las que estamos dispuestos a aceptar, como no saber exactamente dónde se va, qué hay allá y, sobre todo, si vamos a volver. Cabe tener en cuenta esto al pensar en quiénes iban en los primeros barcos y la «labor civilizatoria» de los descubrimientos. Todos somos turistas. Todos somos del montón. Quizá lo rechazamos porque el concepto nos sitúa en un conjunto demasiado amplio cuando la ideología más extendida nos pide que seamos especiales, que encontremos nuestro camino, pero ir a un destino único no suele ser fácil. Ser uno mismo no solo es trabajoso, sino que suele ser caro y estresante, porque es una construcción infinita.

Tanto el centro comercial como el turismo son conceptos que nos remiten al protagonista del siglo xx: la clase media, otro conjunto demasiado amplio y con poco encanto. Quizá, la clave está en esos dos ámbitos. Somos clase trabajadora cuando trabajamos y ganamos capital, y clase media cuando descansamos y lo gastamos. Lógicamente, nos gusta más el segundo papel y tanto la tecnología como el modelo social permiten que esta dualidad se reproduzca constantemente. Nos facilita ese desplazamiento físico y psicológico: tener otros horarios, realizar otras actividades, ser otro. Podemos ponernos una máscara o quitarnos la que llevamos. Tanto da. Trabajador y turista son dos estados mentales que conviven provocando esa sensación de cansancio y, en ocasiones, hastío: tienes que producir, pero tienes que disfrutar, pero tienes que producir, pero tienes que disfrutar.

Llegué a la conclusión de que no podía hablar de todo lo anterior sin su contexto: la ciudad, lo que me llevó a la pregunta inicial. ¿Por qué se va la gente de las ciudades? Porque la echan. Una multitud de factores, desde el precio a la financiación pasando por las comunicaciones, insta a las personas a dejar los espacios urbanos concentrados y establecerse en los dispersos. Hay varias generaciones, entre los casi cuarenta y los cincuenta y pico, que se han marchado de las ciudades y, con ellos, sus hijos. Es la gran marcha EGB. La masificación del turismo nos impide ver que las ciudades están en un proceso de despoblación y envejecimiento. La estructura de población urbana más habitual es el señor Barriga, con más gente jubilada que adolescentes o niños.

Cuando explico esto, suele haber bastante incredulidad porque hay una contradicción con la experiencia: todo está lleno. Presentar las cifras del censo no funciona porque dato no mata relato. «¡Pero si hay calles por las que no se puede pasar!», me responden, no hay sitio en las terrazas ni entradas para conciertos. Es movimiento. La ciudad no es un lugar para vivir o, por lo menos, ya no es la actividad más importante. Es un espacio económico que necesita movimiento constante, propio y ajeno. Necesita que reproduzcamos esa dualidad entre trabajador y turista en nuestra ciudad o en otra. Todo está lleno, pero es gente de paso. Otra respuesta es el crecimiento urbano: cómo va a haber la misma cantidad de gente si no se dejan de hacer pisos. Se construyen viviendas que no son para vivir porque son apuntes contables, productos de inversión. Ni revolución digital ni transacción energética: el sector inmobiliario es el que ha movido más capital. La ciudad crece, pero se acumula para incrementar la tasa de valor, como el gas en el otoño de 2022. Las ciudades envejecen, lo que provoca esa sensación de que lo mejor ya sucedió, los buenos tiempos pasaron, el terreno adecuado para que venga alguien a decir que va a resucitar ese momen-

to. El éxito del discurso tiene más posibilidades cuando el urbanismo ha agrupado generacionalmente a las personas.

Todo esto provoca un cambio en el propio concepto y esa es la pregunta clave: qué es una ciudad. Un lugar donde vive gente. A esa definición, podríamos añadir matices de cantidad, tiempo o espacio. Por ejemplo, mucha gente en poco sitio durante bastante tiempo. Densidad. Y haciendo cosas, claro. Es decir, un lugar donde la gente hace su vida. También se queda corta. En esa definición, encajarían las colonias fabriles o los monasterios, cuyo origen está precisamente en la huida de las ciudades. Primero, por las persecuciones; después, por su ausencia. Tras la declaración del cristianismo como religión oficial, los muy convencidos ya no tenían el camino del martirio y buscaron el retiro en el desierto, como había hecho Cristo. En la Tebaida egipcia, llegó a haber más gente que en Alejandría o la propia Roma, así que la cantidad quizá no es un criterio.

Tengo un amigo que dice que una ciudad es un lugar donde puedes tener una doble vida sin que nadie se entere. Ed Gain, natural de Plainfield (Wisconsin) e inspirador de varios personajes, como Norman Bates (*Psicosis*), Leatherface (*La matanza de Texas*) o Buffalo Bill (*El silencio de los corderos*), parece impugnar esta teoría, pero Jeff Dahmer, Ted Bundy, Gary Ridgway y tantos otros nos invitan a pensar lo contrario. La ciudad es un espacio lo bastante grande y heterogéneo como para llevar una doble vida y, claro, para que nadie te eche de menos si te matan. Es el lugar donde no te encuentras a tu ex o te puedes reinventar en otro barrio. Una ciudad es anonimato. En ocasiones, también soledad. No se puede tener todo.

Mucha gente en poco sitio durante bastante tiempo y que no se conoce. Mejor dicho, que no establece necesariamente unos lazos fuertes porque sus motivos y sus expectativas son diferentes. Esto es, por ejemplo, una diferencia cla-